

fienden la libertad. Hostilizados por los que dominan, se hallan los disidentes desterrados dentro de las propias fronteras. Por oponerse a la injusticia y a la influencia invasora, resultan inutilizables dentro de la vida nacional.

Contra este ambiente que nos humilla reacciona hoy vigorosamente la juventud. Las Universidades en ebullición defienden la reforma, abandonando viejas rémoras, que tienen que desmoronarse al soplo del ideal. Un ímpetu generoso augura la redención del indígena y la igualdad para todos los hombres. A las oligarquías ensimismadas, a los dictadores jactanciosos, sucederán los gobiernos populares que traducirán el ansia de renovación de nuestras repúblicas y harán la patria total.

Todo anuncia que se avecinan acontecimientos memorables. Ha empezado en las conciencias la metamorfosis que *es posible* transportar a los hechos, pese a cuanto sostienen los políticos y los especuladores que incubaron los conflictos actuales.

Los malos gobiernos que fomentaron la

corrupción y la indiferencia para medrar a la sombra de banderas extrañas, como los rajahs de la India o los sultanes de Marruecos, los políticos de cortos alcances que sólo concibieron la sujeción alternada al imperialismo de los Estados Unidos o al imperialismo de Inglaterra, no contaron con la energía de la generación que sube. Al margen de las mistificaciones que un instante la desorientaron, ha llegado esa juventud a comprender los destinos del Continente y las exigencias de la hora.

La voluntad de perdurar prepara la utilización inteligente de las fuerzas nativas, ansiosas de desembarazarse de los parásitos, de acercarse por la identidad de situación, de reorganizarse ante la urgencia de la crisis. La salvación sólo puede venir de los hombres nuevos y de los métodos nuevos. La construcción futura surge ya en la mente de una generación que se siente predestinada al esfuerzo histórico. De un extremo a otro del Continente cunde el anuncio del glorioso incendio que se acerca.

Manuel Ugarte

Niza, Marzo, 1931.

Comentario

=De El Sol, Madrid=

Corre por estas tierras un suceso muy significativo de un sujeto, creo que de Fuentelapeña, apodado, por cierto, «el Obispo». Y es que se hallaba una vez presenciando una capea en la plaza del pueblo, muy tranquilo y sosegado, solo entre los demás, con su lomo en tripa, su pan y su bota de vino, y entre las piernas—hallábase sentado—una larga vara. De pronto estalló cerca de él, en el tablado, un alboroto, dos que se trabaron primero de palabras y luego de manos y empezó la refriega. Al percatarse de ello «el Obispo», ajeno al caso y con quien no iba nada, despertó como de un sueño, púsose en pie, blandió la vara haciendo con ella un molinete y mirando, sin ver, al alto, voceó: «¿A quién le pego?» He aquí un hombre representativo y simbólico este «Obispo» de Fuentelapeña, que estaba en «¿A quién le pego?» Sus congéneres verbenean ahora a merced de la historia colectiva que se da en llamar espíritu revolucionario aunque ni de revolución y ni siquiera de revolucionarismo tenga mucho. Tiene más del famoso grito de ficción de guerra de los tarasconenses tartarinescos, aquel de «fem du bruit», esto, «metamos ruidos». Que recuerda a su vez el de destruir «en medio del estruendo» lo existente de aquel don Juan Prim y Prast, el que desde fuera de España ganó la batalla de Alcolea.

¡Cuántas veces me tengo que acordar en estos días del «Obispo» de Fuentelapeña y de su vara! ¡Cuántas veces de Prim! ¡Y cuántas de las *Reflexiones sobre la violencia*, de Jorge Sorel! Los recordaba sobre todo una tarde en que en mi querido Ateneo Literario, Artístico y Científico de Madrid presencié, hace muy poco,

una novillada. Esperando—y mi espera fué frustrada—que de allí saliera la dictadura de la mocedad ataneísta en España. Porque me parece mucho más congruente que el pedirle a un Gobierno, y a un Gobierno en que no se confía, que ejerza la dictadura, el recabarla para sí quien se la pida. ¡Dictaduras al dictado,

INDICE



Autores hispanoamericanos:

José Martí: <i>Los Estados Unidos</i>	3.25
Julián del Casal: <i>Sus mejores poemas</i>	3.00
M. Gutiérrez Nájera: <i>Sus mejores poesías</i>	3.50
E. José Varona: <i>Violetas y Ortigas</i>	3.25
Carlos A. Torres: <i>Los ídolos del Foro</i>	3.25
Jean Paul: <i>Teatro argentino</i>	3.00
J. R. Pocater: <i>Vidas oscuras</i>	3.25
M. Díaz Rodríguez: <i>Sangre patricia</i> Novela	3.25
M. Díaz Rodríguez: <i>Mis romerías y sensaciones de viaje</i>	3.25
Pedro Emilio Coll: <i>El Castillo de Elsinor</i>	3.25
Luis L. Franco: <i>Nuevo Mundo</i> . Poesías	4.00
María Enriqueta: <i>Brujas Lisboa-Madrid</i>	3.00
Gabriela Mistral: <i>Desolación</i> . Poesías	6.00
Ricardo Güiraldes: <i>Don Segundo Sombra</i> . Novela	3.50
V. García Calderón: <i>Contilenas</i>	4.75
L. López de Mesa: <i>El libro de los Apólogos</i>	3.00
Pablo Neruda: <i>Crepusculario</i> . Poemas	4.00
Martín Luis Guzmán: <i>El águila y la serpiente</i> . Novela	3.50
Víctor de Valdivia: <i>El imperio iberoamericano</i>	3.00
Juana de Ibarbouron: <i>Sus mejores poemas</i>	5.00

Solicítelas al ADR. del Rep. Am.

no! Pero, ¡ay!, no salió de allí la dictadura que yo, con expectación más bien estética, esperaba. Todo acabó en una votación después de un regular voceo.

Y ahora quiero comentar brevemente una de las peticiones de aquel «¿A quién le pegamos?» moceril. Es la de la disolución de los Cuerpos de la Guardia civil y de Seguridad y creación de milicias armadas, cuyos cuadros se formarían dentro de las organizaciones obreras y de los partidos republicanos.

Parece natural que los miembros de las organizaciones obreras y de los partidos republicanos que tengan oficio o beneficio, que se ganan su vida con una profesión o menester calificados, no vayan a dejar éstos para hacerse milicianos, es decir, mercenarios del Estado, con camisa roja, negra, amarilla, azul o verde. Guardia verde llaman a la de los «schupos». Esos milicianos armados para sustituir a los disueltos Cuerpos de la Guardia civil y de Seguridad, no podrían simultanear su función miliciana con las obligaciones de sus respectivos oficios, sino que harían de la milicia revolucionaria un oficio y un beneficio. La solución habría de ser, pues, la de formar esas milicias con los obreros parados, esta nueva categoría que tanto se parece a lo que se llamaba «esquirolas», y a lo que Carlos Marx llamó el ejército de reserva. Pero es claro que al dar así ocupación a los obreros parados, formando con ellos Soviets de milicianos o fajos —«fasci» en italiano—, quedarían sin ocupación los actuales guardias civiles y guardias de Seguridad, vulgo «romanes», y éstos pasarían a ser obreros parados. Con lo que nada se habría resuelto.

¿Qué los guardias civiles y «romanes» actuales tienen sobre sí estos o los otros defectos de ordenanza que les han atraído la enemiga de una gran parte del pueblo español? Bueno; pero al verse armados esos sujetos salidos no de las organizaciones obreras ni de los partidos republicanos, sino de la reserva de los sin trabajo, de los parados, ¿no brotarían en ellos las mismas características que han hecho odiosos a una parte del pueblo a los actuales guardadores del llamado orden? Dudo mucho de que a la larga los obreros de verdad, los que quieren ganarse la vida sirviendo al bien público, soportaran a los que armados habrían de protegerlos. Todos los regímenes han acabado por sucumbir bajo la tiranía de los encargados de sostenerlos con las armas. El mismo proletariado sucumbe al fin al yugo de los pretorianos del proletariado. Milicia revolucionaria armada, Soviet de soldados rojos, fajo de camisas negras, todo es igual. ¿Qué salida hay para esto?

Dejemos el «¿A quién le pego?» para verlo.

Miguel de Unamuno

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8, Santiago (Chile).